

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

III Domingo de Pascua 5 de mayo de 2019

Me dispongo a la oración con estos textos:

*No lo ves que te amo? ¿Todavía no te has dado cuenta? ¿Qué más podía hacer de lo que he hecho para demostrarte Mi Amor? ¿No quieres dejarte amar? ¿Crees que ha existido ni puede existir un amor semejante a Mi Amor? Mírame en la Cruz; fijamente, mírame bien. Cuando exhalé el último suspiro estaba pensando en ti en ti mismo, tal como eres, y pensaba: a ver si cuando Rovirosa se entere de que todo, todo, desde la Encarnación hasta ahora, lo he hecho para demostrarle que le amo... Dime: ¿No te parece que merezco tu amor?
(Rovirosa, OC, T.I. 386-387)*

En el diálogo del Señor resucitado con su amigo Simón Pedro la gran pregunta era: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» (Jn 21,16). Es decir: ¿Me quieres como amigo? La misión que recibe Pedro de cuidar a sus ovejas y corderos estará siempre en conexión con este amor gratuito, con este amor de amistad. (Francisco, Christus vivit, 250)

Desde la resonancia de estos textos, me sitúo en la vida

Y me sitúo en lo cotidiano, en las personas con quienes me encuentro y comparto vida cada día, en las situaciones que vivo, para reconocer ahí de nuevo, en esos acontecimientos, en esas vidas y en esos rostros, en esas circunstancias, la llamada del Señor, y la invitación a seguirle en su misión. Sobre todo me sitúo ahí para rehacer en mí, desde la vida, la respuesta de amor a la pregunta del Señor. Desde esa vida, oro:

TÚ SABES QUE TE QUIERO

Señor, tú sabes que siempre te quise,
y que te sigo queriendo;
tú sabes que te quiero.

A pesar de mi soberbia y orgullo,
a pesar de mis miedos e infidelidades,
tú sabes que te quiero.

A pesar del cansancio y del abandono de tantos días,
a pesar de mi cabeza de piedra,
tú sabes que te quiero.

A pesar de que me cuesta adivinarte entre la gente,
a pesar de lo torpe que soy para verte vestido de pobre,
tú sabes que te quiero.



A pesar de mis dudas de fe,
de mi vacilante esperanza, y de mi amor posesivo,
tú sabes que te quiero
A pesar de las bravuconadas de algunos días,
y de la apatía y desgana de otros,
a pesar de mis pies cansados,
de mis manos sucias,
de mi rostro destemplado,
tú sabes que te quiero.

A pesar de que me cuesta quererme a mí mismo,
a pesar de que no siempre te entiendo,
a pesar de los líos que presiento,
tú sabes que te quiero.

Yo te quiero, Señor,
porque tú me quisiste primero
y no renegaste de mí,
a pesar de ser torpe y frágil.

Yo te quiero, Señor,
porque siempre confías
en las posibilidades que tengo
de ser, junto a ti,
aquí en mi puesto,
servidor fraterno.

(F. Ulibarri)



Escucho la Palabra

Jn 21, 1-19: Señor, tu sabes que te quiero.



Después de esto Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo».

Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban

de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces.

Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.

Jesús les dice: «Vamos, almorzad». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero».

Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis ovejas». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras». Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme».

Palabra del Señor

Acojo la Palabra

Cuando Jesús llama a sus discípulos, lo hace para constituirlos en portadores de una misión; su propia misión: proclamar el reino de Dios. Ser discípulos y seguidores de Jesús en nuestra condición de bautizados no es algo que pueda realizarse solo en el “estar con él”, en el “convivir con él” si entendemos por esto una fe intimista, desconectada de la vida. Convivir con Jesús supone asumir su misma misión evangelizadora. Es asumir que nuestra vida se configura desde la misión que el Señor nos encomienda. No a cada uno de nosotros en particular, sino a toda la Iglesia. La llamada de Jesús nos incorpora a la comunidad de bautizados que viven evangélicamente, para anunciar el reino de Dios con su vida. Por eso podemos decir que “somos misión”.

La llamada de Jesús transforma nuestra existencia en una vida llamada a realizarse “en salida”; una vida que tiene sentido si se ofrece y se vive de cara los demás, abiertos a la realidad y a la vida que estamos llamados a acoger para sembrar en ella la semilla de una nueva humanidad, de la vida del Reino. Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicarnos el verdadero dinamismo de la realización personal: Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión. (EG 10) No es que la vida tenga una misión, sino que es misión. (EG 27)

La tentación en la que podemos caer muchas veces es la de olvidar que la misión no es nuestra, sino del Señor, de la Iglesia. Podemos ceder a la tentación de proponernos a nosotros mismos, por nuestras ideas y propuestas, en salvadores. Solo Dios salva. La manera de evitar esta tentación es sustentar nuestra vida en el encuentro cotidiano, orante, vital y sacramental, con el Señor. En la escena del evangelio cuando los discípulos van por su cuenta a pescar no consiguen nada. Cuando lo hacen cumpliendo la indicación del Resucitado, la cosa cambia del

todo. Los discípulos saben que la presencia y la acción de Jesús es necesaria para que su misión sea fecunda.

La comida con Jesús del texto del evangelio nos remite a la Eucaristía. Reconocer al Señor en el partir el Pan nos permite reconocerlo en el rostro de los otros, en sus vidas. Ellos son Cristo para nosotros. Celebrar la Eucaristía nos configura como discípulos misioneros, hace posible que seamos otro Cristo para nuestros hermanos.

El reto cotidiano es que nuestra vida se haga anuncio, propuesta, invitación a otros para el encuentro con Cristo que permita humanizar y llenar de sentido la existencia. El reto es realizar en la misión nuestro camino de santidad. Para un cristiano no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad, porque «esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Ts 4,3). Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio. Esa misión tiene su sentido pleno en Cristo y solo se entiende desde él. (GE 19-20)

Con mi proyecto de vida ante el Señor, me hago conscientes de las llamadas que recibo en este evangelio. Busco la manera mejor de concretar cómo responder, para poder decir, como Pedro: “Señor, tú sabes que te quiero”.

Desde el encuentro con la Palabra, vuelvo a orar

SI YO TE AMO

Si yo te amo, Señor, es porque antes,
Tú me has dado tu Amor, cual pura gracia
que abre mi corazón y lo levanta
más allá de sus límites... Si cabe

hoy en mi pecho el gozo de abrazarte,
y tu Belleza es beso que me sacia,
y tu Verdad es luz que encalma mi alma,
y tu Ternura mi ternura invade...

Ya lo sabes, Señor, es obra tuya;
obra de ese tu Amor que se desborda
en olas de la más alta locura...

Yo sólo soy el hambre que te invoca;
yo, sólo, tu sedienta criatura;
yo -ya lo sabes-, soy, ¡si Tú me tocas!

(A. López Baeza)



Y hago ofrenda mi vida

Señor, Jesús: te ofrecemos todo el día...

María, Madre de los pobres, Ruega por nosotros.